

Renacimiento de la geopolítica, renacimiento del fascismo

Augusto Zamora R.

La Insignia (*). España, abril del 2003.

http://www.lainsignia.org/2003/abril/int_044.htm

Poco se habla hoy de geopolítica. Como parte del proceso de condena y demolición del nazismo, al que estuvo tan vinculada, esta rama de investigación cayó en el mayor descrédito. Cultivada con esmero en Alemania, su influencia se extendió a la Inglaterra imperial, con Halford Mackinder como gran figura. La paternidad del término corresponde al sueco pangermanista Rudolf Kjellen, primero en distinguir entre geopolítica y geografía política. No obstante, sus raíces se remontan al siglo XVIII, hasta un individuo singular, el barón Dietrich Heinrich von Bülow, fallecido en 1807 en una cárcel de Riga.

Bülow, oficial prusiano de origen noble, abandonó el Ejército para participar en los avatares de su época y luego se dedicó a oficios singulares para subsistir. En 1799 publicó su libro *El espíritu del nuevo sistema de guerra*, en el que sostenía que, mientras hubiera algo que repartir o tomar, habría guerras. Distinguió entre fronteras naturales y fronteras comerciales y afirmó que eran el pueblo más el territorio lo que formaba el Estado moderno. Anticipó la unidad de Alemania -entonces inimaginable- y sostuvo que, por la geografía del valle del Mosa y las Árdenas, una Alemania unida, si controlaba Holanda, vencería fácilmente a Francia atacando desde Bélgica. El plan seguido por Hitler en 1940.

Nuevo impulso recibió de Karl Ritter, nacido en 1779, quien publicó 21 volúmenes de una *Geografía Comparada*, en los que explicó la geografía como una "ciencia del globo viviente". Fichte, en sus *Discursos al pueblo alemán*, comparó al Estado con un individuo condicionado por la historia. Tras la aparición de *El origen de las especies*, donde Darwin relaciona el espacio físico con la evolución de los seres, el darwinismo fue incorporado con rapidez al estudio de la geografía, pasando a considerarse al Estado como entidad biológica. "Un gran espacio mantiene la vida", escribió el geógrafo Friedrich Ratzel, a fines del XIX. Éstas serían las raíces del *lebensraum* o espacio vital reclamado por el nazi-fascismo.

Ratzel, nacido en 1844, fue discípulo del historiador Heinrich von Treitschke, defensor de crear un imperio colonial alemán y partidario de la guerra, a la que consideraba "el único remedio para las naciones dolientes". Ratzel dio forma a las ideas de la época, que propugnaban hacer de Alemania un poder mundial, frente a la soberbia de Gran Bretaña. "En toda época -escribió Ratzel- sólo podemos llamar un poder mundial a aquel que está fuertemente representado en todas las partes de la tierra y especialmente en todos los puntos críticos, por sus propias posesiones". Afirmó también que, "en este pequeño planeta, sólo hay espacio suficiente para un gran Estado". Esas tesis chocaron con un prudente Bismarck, determinando su caída y el ascenso a la Cancillería de los partidarios del imperio alemán. Kjellen, por su parte, sostenía en 1914 que solamente el Estado que poseyera libertad de movimiento, cohesión interna y espacio, podía ser considerado gran potencia. Para Kjellen, "los Estados vitalmente fuertes que posean sólo un espacio limitado, se deben a sí mismos agrandar este espacio por colonización, amalgamación o conquista". En 1914 propugnó una carrera armamentista, que diera a Alemania un poder formidable. "La guerra -dijo Kjellen- es el laboratorio de la geopolítica y los Estados Mayores deben ser academias de ciencias".

Los geopolíticos alemanes abarcaron casi todos los ámbitos, incluyendo la economía. Para ellos, una estructura económica con finalidades estratégicas entrañaba, por sí misma, la necesidad de una política de fuerza. Para Arthur Dix, "la guerra económica se libra incluso en tiempos de paz". Para Kjellen, la economía "es la capacidad de un Estado para alimentarse". Como Alemania no podía satisfacer sus necesidades vitales dentro de las fronteras del Reich, tenía derecho a la expansión. Cualquier acto que se opusiera a estos designios debía considerarse hostil, de la misma forma que Inglaterra consideraría hostil todo intento de cortar las "líneas vitales" del imperio.

Pero la gran figura de la geopolítica germana fue el mayor general y doctor Karl Haushofer, autor de numerosas obras y defensor del *lebensraum*. Para Haushofer, la doctrina Monroe -América para los americanos-, era ejemplo conspicuo de geopolítica, de la misma forma que la teoría de Mackinder -expuesta en 1904, en una conferencia titulada *El eje geográfico de la historia*-, resumía el dilema medular de la política mundial. Según Mackinder, el poder marítimo era elemento esencial para alcanzar el dominio mundial, pero necesitaba, en el siglo XX, de bases terrestres más amplias. En contraposición al marítimo, el poder terrestre dependía del control de lo que llamó "el corazón continental" o "región pivote" -el Asia Central-, que estaba rodeado por la "isla mundial", formada por Eurasia y África. La región pivote era inaccesible a la potencia marítima, pero no a la potencia terrestre, el imperio ruso. Mackinder temía que

Alemania pudiera acceder al "corazón continental" aliándose con Rusia, por lo que creía primordial para Inglaterra impedir una alianza germano-rusa. Para evitarlo había que crear "Estados-tapón" en la Europa oriental, que era la puerta al pivote continental. Resumía Mackinder: "quien domine Europa oriental dominará el corazón continental; quien domine el corazón continental dominará la isla mundial, quien domine la isla mundial dominará el mundo". Según Walters, "la teoría del corazón continental sigue siendo la primera premisa del pensamiento militar occidental".

Haushofer adaptó la teoría de Mackinder a su idea de Alemania. Criticó duramente la creación de una serie de pequeños Estados tras la I Guerra Mundial, por obstaculizar el acceso alemán al "corazón continental". Defendió la autodeterminación que, según él, debía aplicarse a los alemanes que vivían fuera de los límites de Alemania, incluyendo a los de la URSS. La Unión Soviética, que amenazaba a Alemania y Europa, debía ser rota en sus partes, sustituyéndola por una serie de pequeños Estados nacionales y un único Estado ruso. Los pequeños Estados debían ser incorporados al territorio imperial de la Gran Alemania, "desde el Elba hasta el Amur". Para Haushofer, "corazón continental" y poder marítimo eran un todo y juzgaba a EEUU como el único país, fuera de Europa, que aspiraba al poder mundial y que poseía todos los atributos geopolíticos para lograrlo. De ahí su admiración por la doctrina Monroe. Un discípulo de Haushofer, Colin Ross, después de visitar EEUU en 1938, expresó que EEUU era una potencia "predestinada a dominar el mundo una vez abrace con fervor la política de fuerza". La teoría de Haushofer apuntaba a una dirección: los Estados nacionales serían cosa del pasado y el futuro pertenecía al Estado gigante. Países seguirían existiendo, pero quien dominara la isla mundial dominaría el mundo.

El pacto germano-soviético de 1939 concitó la atención de la prensa mundial sobre Haushofer, al considerarse dicho pacto un resultado de la visión geopolítica del militar y profesor alemán, entonces consejero de Hitler. De igual forma, la agresión nazi contra la URSS se consideró su caída en desgracia y un error fatal desde la perspectiva geopolítica. Clausewitz había afirmado que la derrota de Napoleón se debió a su imposibilidad de dominar la inmensidad rusa. Spengler, en 1933, expresó que "la distancia es todavía una fuerza política y militarmente no dominada". Haushofer respetaba a Rusia que, a su juicio, conocía "la estrategia del espacio". Sostuvo que derrotar a la URSS requería una victoria fulminante, que impidiera su repliegue al interior. Otros, como el doctor nazi Vowinkel, confiaron en el dominio tecnológico: "la superioridad tecnológica del Ejército alemán puede superar fácilmente la vastedad de Rusia". Alemania no logró lo uno ni lo otro. Fue derrotada por una suma de vastedad geográfica, climatología y avalancha militar soviética.

No pudieron las tropas nazis dibujar el mapa geopolítico elaborado por Haushofer. Ese papel corresponderá, paradójicamente, a la clase dirigente de la URSS. La demolición del Estado soviético, equivalente a una derrota militar, permitió la emancipación de los países del Pacto de Varsovia, muralla amortiguadora que separaba, como glacis, el territorio soviético de sus potenciales enemigos. Como deseaban los geopolíticos del III Reich, la URSS se desmembró dando paso a un Estado ruso y una pléyade de pequeños Estados independientes, entre ellos Ucrania, pieza geopolítica clave para debilitar a Rusia.

La agresión contra Yugoslavia permitió ajustar las piezas del nuevo mapa europeo. Los "Estados tapón" se alinearon presurosamente con la OTAN (es decir, con EEUU), que establecía así una nueva frontera, que se extenderá en breve plazo a los Estados bálticos (¿y a Ucrania?). La caída del último aliado de Rusia, el gobierno de Milosevic, devolvió a la devaluada potencia a la situación que existía en 1923, cuando el *cordón sanitario* impuesto por Occidente. La guerra y ocupación de Afganistán por EEUU posibilitó cerrar el círculo. La triunfante potencia marítima controlaba el *corazón continental* y resolvía la necesidad de poseer bases militares propias en Asia central. La presencia militar estadounidense, hoy, incluye a varias repúblicas ex soviéticas: Georgia, Tayikistán, Azerbaiyán... Como pedía Treitschke, EEUU tiene posesiones propias en todos los lugares estratégicos del mundo

El sentimiento de poder se ve reforzado por ciertas características propias de EEUU. Por una parte, EEUU es un Estado-isla, separado por dos océanos del resto del mundo, una característica que le asemeja *-mutatis mutandis-* a la Inglaterra imperial, cuya insularidad fue la base material de su conversión en imperio. El aislamiento geográfico ha sustentado las ideas aislacionistas, todavía vigentes en sectores relevantes. Esta condición de Estado-isla se completa con la inexistencia de rivales o adversarios continentales (EEUU nunca ha sido invadido ni sufrido guerras externas) y por la extrema debilidad de sus vecinos. Tanto así que sus planes militares consideran a Canadá y México como parte del territorio estadounidense, como el TLC expresa la dependencia económica y política.

La economía no podía escapar al esquema. La agudización del proteccionismo y la entrega de subsidios y generosos fondos, sobre todo al complejo militar-industrial, hace recordar que la guerra económica se libra también, como decía Arthur Dix, en tiempos de paz. La guerra en ciernes contra Irak se situaría en este

ámbito pues implica, para EEUU, dominar el petróleo, es decir, la energía. Y el poder lo determina el control de la energía.

No paran ahí las coincidencias. Tras el 11-S, el gobierno Bush ha situado a EEUU en la condición de *Estado doliente*, que parece hallar en la guerra su único remedio, para decirlo en palabras de Treitschke. Las soflamas políticas, saturadas de belicismo, han cristalizado en la doctrina de la *guerra preventiva*, un argumento invocado por Mussolini para justificar la agresión contra Etiopía en 1935. La nueva doctrina militar apuesta, según Bush, por la supremacía total de EEUU, para lo cual ha lanzado una carrera armamentista que recuerda la planteada por Kjellen para garantizar la hegemonía mundial alemana, como su fe en el dominio tecnológico recuerda al doctor Vowinkel. El desprecio mal disimulado a la sociedad internacional, de la que se dice su representante, lleva al escenario pensado por Haushofer, de un mundo sometido a un único súper Estado. Sus advertencias, en fin, respecto a que se debe estar a favor o contra de EEUU, recuerdan las tesis de Kjellen, de que cualquier acto que se opusiera a los designios de Alemania debía considerarse hostil.

En tiempos de Bismarck, las fuerzas moderadas fueron desbordadas por militaristas e imperialistas convencidos del poder y el *destino manifiesto* de Alemania. Tal ocurre en EEUU, donde ocupa el poder un sector extremista que pretende imponer un imperio mundial bajo égida estadounidense, sin medir cabalmente, como no midieron teóricos e imperialistas alemanes, que en un mundo interdependiente, de actores múltiples y complejos, los afanes imperiales suelen desembocar en desastre, incluyendo el del propio país. Los sueños de dominio mundial suelen acabar en catástrofe. Fracasaron Carlos V y Felipe II y arruinaron a España. Fracásó Napoleón y arrastró a Francia. Hitler fue una tragedia, sobre todo para Alemania. Los costos de cada intento han sido cada vez mayores para la humanidad. De esa realidad pocos sacan cuentas. Del fascismo que asoma con furia tampoco. Está dicho. Lo único que enseña la historia es que la historia no enseña nada.

(*) Profesor de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Madrid.

Nota: El artículo fue originalmente publicado, en versión reducida, en el diario madrileño [El Mundo](#).